

Luquitas y el hombre del piano

Xibeliuss

- Fue la puta cinta de Ana Belén. La cassette esta, sí: la de los Grandes Éxitos

- ¿Ana Belén? - El Indio levantó la vista de su libreta.

- Si, la del Víctor Manuel, ya sabe, Víctor y Ana, los que cantaban...

- Que sí, coño, que sé quien es Ana Belén. Lo que no sé es qué tiene que ver con esto.

- Pues a eso voy, a contarlo desde el principio.

- Tómame tu tiempo, si ves que tal.

- En la cinta vienen todos los temazos de Ana Belén: el “*No volverán*”, el de “*La Paloma*”, “*España, camisa blanca de mi esperanza*”...

- Un temazo. Muy sentido. Muy de su época.

- ... el de “*Agapimú*”: “*Tiemblas amor mío como una gota de rocío – agapimú – dices tú mi nombre como jamás lo ha dicho un hombre – agapimú*”...

- Ah, esa me la sé. Luego seguía “*Agapimú oboe-bé, agapimú quiere decir te quiero amor*” - dijo Tebib desde su mesa. El Indio lo miró con rencor. Encendió un cigarrillo más de los de voy-a-dejarlo-de-mañana-no-pasa.

- No, ésa es otra, inspector. De Eurovisión.

- Es verdad.

- ¿Podemos seguir, Luquitas? Después, si tal, ya nos cantas y bailas lo que quieras.

- ¿Usted no se ha fijado en lo mucho que se parece Ana Belén a mi Pilarín?

- ¿Ana Belén a...? Luquitas, Ana Belén está hecha un suspiro y tu Pilarín, a lo poco, pesa ciento veinte kilos.

- Pero eso es por la tiroides, que le tiene el metabolismo cambiado y cualquier cosa la engorda.

- ¿La tiroides se come? - dijo Tebib, que fumaba un cigarro tras otro sin remordimiento.

- ¿Eh?

- Que digo que tu Pilarín está gorda porque se come más pasteles que vende. Y mira que vende.

- ¡Vende porque hace los mejores bollos del barrio! ¿O me va usted a negar eso?

- No se puede negar.

- Que la familia lleva generaciones, ge-ne-ra-cio-nes, en el horno, oiga. La abuela de mi suegra trabajó en Lhardy y sirvió pasteles en el Palacio Real.

- Mira, el príncipe de Asturias y tú, unidos a través del tiempo por los bollos de tu Pilarín.

- Ya vale, Tebib.

El Indio se levantó y caminó hasta la ventana del despacho. Sacó otro cigarrillo del bolsillo de la camisa, pero lo guardó de nuevo. Se sintió un punto orgulloso. Tensó y destensó los músculos de la espalda. Iba a ser una noche larga.

- Venga, Luquitas. Vamos avanzando. Me gustaría irme a casa en algún momento.

- Lo que le decía del parecido: no es algo del todo físico, no es decir *“tienen la misma nariz, los mismos ojos”*, es más la manera de mirar, la forma en que curvan los labios al sonreír; yo creo que tiene que ver con el aura, un no-sé-qué que nos rodea a todos, que nos define.

- Si es cosa del aura no puedo verlo. En la pasma nos enseñan otras cosas: para unas huellas dactilares, para una descripción: tantas coincidencias, identificación positiva. Y si no, no.

- Es otra forma de mirar el mundo. Si yo hubiese nacido poeta, también hubiese escrito los versos que Víctor Manuel le dedicó a su mujer: *“Como el viento y el mar, como el pájaro ama su libertad; como el vino y la sal, como el aire y el pan, así es Pilar”*. ¿Ve?: El pan.

- Víctor tiene otra muy buena, también dedicada a su mujer, a lo mejor también te vale: *“Nada sabe tan dulce como tu boca, tan sólo alguna cosa que no se nombra”* Joder, si yo hubiese nacido poeta y cada día me levantase junto a una piñata como la de Ana Belén tenía tema para todos los versos de mi vida. Y para un par de novelas.

- Gracias por la interesante aportación, Tebib. Ahora Luquitas se va a centrar en lo que ha pasado hoy para que podamos hacer nuestro informe. ¿Verdad, Luquitas?

- Pero es que todo está relacionado, jefe. Es lo que intentaba explicar desde el principio. Mi Pilarín, que sabe bien lo que me gusta, me regaló la cinta de los Grandes Éxitos de Ana Belén, para que la escuche en la furgó mientras hago el reparto. Los repartos, que yo salgo de madrugada y vuelvo a reponer al obrador cuatro y cinco veces.

- Me alegra que os vaya bien.

- Con los temazos que le he dicho antes, como la seda. El *Agapimú*, el *Balansé*, el *Qué Será...* tenía que verme en la M-30, la furgó a lo que da y yo cantando a escape libre. Se me quedan mirando.

- Calla, que se me pone la piel de gallina.

- Sea usted tan sarcástico como quiera, jefe. Usted me ha preguntado y yo intento contar la historia completa para que puedan entenderse todos los matices. ¿Que usted se lo toma a coña? Vale, estoy acostumbrado, ¿qué puedo hacer?: soy un mierda, mi opinión, mi forma de ver las cosas no tiene ningún valor. Hala, escriba en su informe lo que le de la gana, yo lo firmo y todos satisfechos. Usted se va a casa y yo donde me manden.

Tebib se repantingó tras su mesa. Inició una risa sorda que el Indio intentó frenar con una mirada fulminante.

- Discúlpame, Luquitas. No es mi intención reírme ni de ti ni de nadie. Sí, quiero conocer la historia completa; pero, perdóname otra vez, pierdo la paciencia cuando me parece que te vas por las ramas. Y aposta, además.

- Es la canción del piano, jefe.

- ¿"El hombre del piano"?

- Esa. ¿La conoce?

- Claro.

- Con el resto de la cinta, de puta madre: pongo el autoreverse y a escucharla una y otra vez.

- Pero...

- Sí, hay un pero. La canción del piano: "*Esta es la historia de un sábado de no importa que mes...*" Decía antes que, para mí, Ana Belén y mi Pilarín se parecen un montón, ustedes quizás se queden en los cincuenta kilos que pueden tener de diferencia, pero para mí eso no es nada, no lo veo. Yo escucho a Ana Belén cantar lo de "*Toca otra vez viejo perdedor, haces que me sienta bien*" y a quien veo, a quien tengo delante es a mi Pilarín.

- Te estoy copiando.

- No se equivoque, jefe. Yo quiero a mi Pilarín y no tengo reproches para con ella. Ella hizo de mí el hombre que soy ahora.

- Dicen por ahí que a veces se le va la mano contigo.

- ¡No es verdad! Los dos tenemos nuestro temperamento y discutimos, pero nada más.

- Que nos han llegado partes del ambulatorio.

- ¡Le digo que no es cierto! Yo soy poca cosa y tengo propensión a los accidentes, eso es todo.

- Vale. Entonces, sigue.

- Yo no nací repartiendo bollos en una furgoneta, ¿sabe?

- Hasta ahí llego.

- A todos, en algún momento de nuestra juventud, se nos ha llenado el pecho de ilusiones, pero son muy pocos los que llegan a cumplirlas, ni

siquiera una pequeña parte. ¿Usted siempre quiso ser policía?

- Yo sí – dijo Tebib.

- Luego ya hablamos de mí, si os parece. Sigue.

- Yo nunca serví para estudiar. En cuanto pudo, mi madre me metió en La Paloma a aprender un oficio. Eso sí me gustó, ¿sabe?, en las asignaturas de colegio, lengua, historia, no daba ni una, pero en los talleres era uno de los más espabilados del centro. Había un cura, el padre Ramiro se llamaba, que...

- Una historia conmovedora, seguro – Tebib se levantó de su mesa y se echó la chaqueta sobre los hombros – Lástima que los médicos me hayan recomendado que limite mis esfuerzos. Es más, para ellos, a esta hora ya tendría que estar cenado y en la cama. Así que me voy a tomar una copa en donde Catalina, que igual encuentro a alguien. A lo mejor cuando vuelva mañana todavía cojo el final.

- Que descanses, Tebib. Si queda alguien en la sala dile que apague la luz cuando se vaya. Y recuerda a los del cuerpo de guardia que estoy aquí.

- Vale, papá.

- Adiós, inspector.

El Indio revisó sus notas.

- Me decías de un cura...

- El padre Ramiro, sí. Profesor de marquetería, me cogió cariño enseguida, era muy fino con la madera, un verdadero artista. También era muy exigente y traía a los chicos por la calle de la amargura; a mí, ya digo, veía que me esforzaba y me preocupaba por hacer bien las cosas, se puede decir que me adoptó. Yo por entonces ya era así de flaquillo, el más pequeño de mi clase con diferencia y yo creo que de todo el centro; el padre era poca cosa también, pero todo nervio: más que andar parecía que saltaba, no tenía grasa ni para engrasar un reloj. Aquel año se le ocurrió proponer como

trabajo de fin de curso un arco para los Ramos de la Virgen; pero ¡qué arco!, yo cuando vi el diseño me quedé abobado, eso era un retablo, joder, que yo he visto retablos en catedrales con menos filigrana que el arco del pater. El caso es que mis compañeros, uno tras otro, se fueron rajando, porque era un trabajo muy fino y duro, duro de bemoles, había que estar muy pendiente y con los cinco sentidos en la escofina; además el padre se ponía como un energúmeno cuando las cosas no salían como él quería y daba hasta miedo verlo dando voces, con los tendones de los brazos tensos como maromas y girando una gubia afiladísima a dos centímetros escasos de tu nariz; así que para después de Reyes ya sólo quedábamos el padre, el arco y yo... y cuatro meses para terminar aquello. Nos pasamos cada tarde de aquellos cuatro meses encerrados en el taller, codo con codo, maestro y aprendiz, dos piltrafillas con monos demasiado grandes, las orejas llenas de serrín, con la radio siempre a toda pastilla con los programas musicales de entonces, la mayoría horribles, de peticiones del oyente y tal, y aún así me aficioné a ellos, al Luqui, al Beibi... a la música, en fin. El padre y yo nos hicimos amigos; quiero decir, dimos un paso más, de profesor y alumno nos convertimos en colegas de faena: una amistad limpia y pura, que parece que hay que explicarlo todo cuando hay un cura de por medio. Yo admiraba su capacidad de trabajo, de concentración, de fijarse un objetivo y poner todo su empeño en sacarlo adelante a toda costa; su meticulosidad, el tirarse media hora lijando una voluta en la que nadie más se fijaría, pero él sí, él nunca dejaría de verla hasta que quedase perfecta. Yo eso nunca lo había conocido hasta entonces. Y para él yo fui, tal vez, el alumno ideal: aplicado y con cierta facilidad natural, no hacía falta que se me repitieran las cosas, enseguida captaba lo que me quería decir y mis manos respondían, bastante bien para mi edad y mi poca experiencia. Eso él lo valoró mucho, eso y el coraje que le echaba, aguantar a su lado con el trabajo del arco cuando todos los demás nos dejaron solos. Me tenía prometidas dos cosas para cuando llegase mayo, si hacíamos todo bien: la primera, un paquete de

Bisontes, porque alguna vez me había pillado fumando las colillas que él dejaba abandonadas a medias en el cenicero. Y la segunda, pasar un día entero en el hipódromo de la Zarzuela, que me iba a encantar.

- Caray. Por cualquiera de las dos hoy le expulsaban del colegio y no volvía a dar clase en su vida. ¿Y salió bien? ¿Cumplió?

- Salió todo muy bien. Conseguimos terminar justo la noche antes de la presentación de los Ramos y fue un éxito espectacular, dejamos a todos, profesores, conserjes, alumnos, al director, a los bedeles, todos con los ojos como platos. El padre y yo sabíamos que el arco no era exactamente el que se diseñó al principio, porque al tener que rematarlo solos él y yo era imposible, pero el resultado final, sin falsa modestia, quedó impresionante, una obra maestra. Años después volví por La Paloma y allí estaba todavía, el puto arco: lo habían integrado con un cenador de forja que no tenía ni la mitad de curro y lo habían colocado en un lugar de honor en los jardines de dirección. También le habían puesto una plaquita: "*Trabajo de Fin de Curso de la XXIII Promoción de Ebanistería. Profesor: P. Ramiro*" Con dos cojones. Yo creo que el padre nunca se llegó a enterar: los dos sabíamos muy bien quien se había escaqueado y quien había hecho el trabajo, y él no era de los que se callan y tragan. El padre cumplió sus promesas. Aquella misma tarde, la de la fiesta de los Ramos, salió conmigo y en el kiosko de la plaza me compró un paquete de Bisontes, una caja de fósforos y un mechero de yesca, uno de esos de mecha naranja con un nudo al final, que ya entonces era una antigualla, "*nunca te fallará*", me dijo, y es verdad, yo creo que en todos estos años lo he debido usar, no sé, una docena de veces, pero cuando lo he necesitado siempre ha respondido, todavía anda dando vueltas por casa. Y la de la Zarzuela también la cumplió, ésa cuando ya nos dieron las vacaciones, el padre se pasó antes por casa, muy formal, a pedirle permiso a mi madre, que había sacado el juego bueno de café y había comprado pastas de las caras, mira, a lo mejor eran de la madre de Pilarín... Me despisto: mi madre, por supuesto, dio su permiso y un domingo de principios de verano, cuando

todo parece brillar desde dentro y desde afuera a la vez, el padre me fue a buscar, yo lo esperaba con la raya de las bermudas trazada a escuadra y cartabón, una visera y una corbata, la misma con la que se casó mi padre, o eso me dijeron, y nos fuimos andando hasta la Moncloa, de donde salían los autobuses para el hipódromo. Al poco de doblar la esquina de mi calle sacó un paquete del tabaco y me ofreció un cigarrillo, con toda solemnidad, de adulto a adulto. Luego me fue contando que en sus años mozos, todavía en el colegio de curas pero antes de entrar en el seminario, estuvo a punto de hacerse jockey, que uno de sus maestros le metió en el mundillo y entrenó casi en serio durante unos cuantos meses, pero que la cosa no llegó a cuajar y cuando se quiso dar cuenta ya estaba “*para cantar misa, o casi*” me dijo, con una media sonrisa en los labios. El hipódromo, uf, a un chaval como yo aquello le voló la cabeza. ¿Lo conoce?

- ¿El de La Zarzuela? He estado alguna vez.

- Entonces sabe de lo que hablo: no tiene el glamour del *Hola*, el de la reina de Inglaterra y los sombreros estrambóticos de los pimpollos de la nobleza, tampoco es el punto pandillero de las apuestas en las películas americanas; pero tiene, o tenía entonces, algo de esos dos mundos, desde que pasabas las taquillas hasta que llegabas a las tribunas, ver a los caballos desfilan hacia los cajones de salida, el locutor anunciando las carreras por los altavoces, todo es ambiente, un ambiente embriagador. Recuerdo que hizo un día de verano excepcional, con unos colores como de cuadro, lejos de la habitual boina de mierda del foro... así lo recuerdo yo, al menos. Estuvimos siguiendo algunas carreras, los dos con un grado de excitación que hacía a la gente mirarnos de reojo; no jugábamos ni un céntimo, aunque el padre acertó tres de cada cuatro ganadores nada más ver como salían de la última curva y enfilaban la recta de meta. Lo mejor, sin embargo, todavía estaba por llegar: cuando acabó la tanda de carreras nos fuimos para los establos privados, donde no llegaba el público, la zona reservada para los entrenadores, los mozos, los propietarios... y también los jockeys,

hombrecillos vestidos de colores chillones, tan canijos como nosotros mismos que, aún así, minutos antes habían sido las auténticas estrellas de la fiesta junto con los hermosísimos caballos. El padre Ramiro fue recibido como el hijo pródigo de la familia y a mí, al ir con él, me trataron como al invitado de honor: me enseñaron todo, cada rincón de las cuadras, cada caballo, cada tipo de silla de montar, cada espuela y cada fusta; conocí a todos los jinetes que habían corrido ese domingo, entre ellos al gran campeón Claudio Carudel y a Román Martín, su eterno rival en la pista e íntimos amigos nada más desmontar. Román me subió a una yegua con silla y arreos de carrera, yo con mis bermudas y mis zapatos de charol y tacón cuadrado, los que estaban de moda entonces. Fue la sensación más fuerte que había vivido hasta entonces, de excitación, de peligro, creo que no volví a sentir nada parecido hasta que eché mi primer polvo, unos cuantos años después. Al padre le trajeron unas botas y un potro negro, nervioso como un diablo, para que diese un par de vueltas al circuito, pero no hubo manera de convencerlo. Entonces no lo entendí. Hoy pienso que tuvo un gran control de sí mismo, como un alcohólico rehabilitado o un ex fumador. Tal vez sabía que de volver a probar no podría renunciar a ello.

- Lo entiendo - dijo el Indio - Lo entiendo a la perfección. Y después... Algo se torció, ¿verdad?

- Sí. Se torció todo. Y muy pronto. El padre Ramiro venía de Salamanca, de una aldeíta en la Sierra de Francia donde todavía vivía su madre. Eran más hermanos, pero al ser él cura, y soltero, claro, los demás delegaban bastante en él, más cuando la madre ya andaba con la salud complicada. Así que él se fue para el pueblo poco después del domingo en el hipódromo y yo me quedé en la ciudad. Aquel verano cumplí trece años, todos mis amigos dejaban atrás los juegos de críos y empezaban a mezclarse con las pandillas y yo, como es lógico, fui uno más. Todo normal, no tenías la sensación de vivir un cambio, de dar un salto en tu vida, tu panda quedaba el domingo para ir a la piscina de El Lago, o al Parque Sindical, tú

pedías el dinero en casa y, con esfuerzo, sisándolo de otro lado, te lo daban; luego necesitabas para unas coca colas primero, para unas cervezas después, y una bolsa de patatas fritas y un paquete de tabaco, que no ibas a quedar mal con las chicas, que traían tanto o más dinero que tú. Y el chocolate, que era un agujero sin fondo, un día venía uno con cien duros, la semana después ya era un huevo y la siguiente una postura de veinticinco gramos, no había forma de pagarlo con el dinero de casa, y entonces un colega te enseñaba a reventar una cabina, que estaba tirado, pim, pam y una bolsa llena de monedas. Y otro te contaba las hazañas del Bola, el que vivía más allá del Pozo, tenía ocho años y conducía mejor que cualquier pasma, que su banda robaba coches a puñados y daban tirones a las viejas al salir del banco.

- Esa parte te la puedes saltar. La conozco bien.

- Supongo que sí. Yo no quiero decir que me convirtiese en un quinquí de la noche a la mañana. Tampoco creo que yo llegase a ser un quinquí, pese a algunas tonterías o a algunos problemas que haya tenido.

- Hombre, Luquitas, que tú has estado p'alante.

- Ese verano dejamos de ser chiquillos más o menos traviosos, pilletes de la calle, para entrar en un mundo más... afilado. Yo entonces no pasaría de darle unas caladas a cada porro que rulaba o vigilar mientras otro se hacía un buga; lo peor era la fascinación que nos producía, coño, que te encontrabas al Liansanpó con su banda en un rincón de la plaza y era como ver al Rey del Mundo rodeado de su corte. Todos queríamos ser así. Cuando empezó el nuevo curso yo no era el mismo niño que terminó el anterior.

- Y el cura se dio cuenta.

- Enseguida. Pero él tenía sus propios problemas, a su madre le había dado una embolia que la dejó ya todo el tiempo en cama, sus hermanos seguían sin implicarse y en el colegio tampoco fue ya nada lo mismo, el padre daba las clases sin ganas, como si estuviera más pendiente de lo que pasaba en la aldea, a trescientos kilómetros de aquí, como si en todo

momento estuviese esperando una llamada de la señora que cuidaba a la enferma, una llamada que siempre serían malas noticias. Hasta conmigo, su alumno favorito, se mostraba ausente, apenas corregía mis trabajos ni proponía mejoras como antes. Yo fui perdiendo interés por el colegio y lo que quería es que las horas pasasen cuanto antes para irme con los amiguetes a la tapia, a fumar y a hablar de chicas, de Fulanita que se dejaba tocar y de Menganita que había echado unas tetas para cagarse. El padre Ramiro no volvió después de Navidades. Su sustituto, seglar, un imbécil con pintas, nos contó que le habían trasladado a un centro de Salamanca, donde podía estar más pendiente de su madre. Nunca más lo volví a ver. Para mi aquello fue el final definitivo. Decidí que no tenía por qué esperar a que terminasen las clases para irme a la tapia y me aficioné a los novillos, pasaba más tiempo fuera que dentro y, como es normal, al poco de empezar el curso siguiente, cuando vieron que no tenía propósito de enmienda, me pusieron de patitas en la calle.

Quedaron en un silencio pensativo. El Indio se acercó otra vez a la ventana. Se masajeó la nuca. Oyó llegar al camión de la basura.

- Oiga, jefe ¿No tendrá un cigarrillo por ahí?

El Indio volvió a sentarse. Puso el paquete de tabaco y el mechero encima de la mesa. Tendió un cigarrillo a Luquitas. Sacó otro para sí, se lo llevó a los labios, no lo encendió. Jugeteó con él entre los dedos.

- ¿Sería mucho pedir que me quite los grillos, jefe? Me están jodiendo las muñecas y usted sabe que no voy a hacer ninguna tontería. Ni aunque pudiera.

El policía asintió. Le indicó con un gesto que acercase las manos.

- Vamos a ver si nos centramos en lo que ha pasado hoy, Luquitas. Yo también quiero irme a casa. E intenta no echarme el humo a la nariz, por favor.

- Lo que ha pasado hoy – Luquitas dio una profunda calada que consumió de una vez casi un cuarto del cigarrillo - ¿Usted se ha dado cuenta de la cantidad de muertos que hemos tenido en el barrio en los últimos meses?

- Ya sabes cómo funciona. A veces hay rachas en las que la tasa de mortalidad se dispara. Luego volvemos a la normalidad. Con suerte, en poco tiempo.

- Será que ahora le ha tocado a gente más cercana, entonces. Hombre, del Lobo nunca fui íntimo, y mira que nos conocíamos desde los tiempos de las pandillas, pero él siempre fue más kío, más de rollo chungo. Últimamente coincidíamos alguna vez en el kiosko, yo tomando el primer café y él la penúltima copa, también en los billares, aunque yo ya bajo poco, se veía que podía acabar así. El Toribio Carambola tampoco era santo de mi devoción; de hecho yo sólo le compraba los cupones a él si me despistaba y no encontraba a otro, era de estos tíos que parece que siempre esconden algo y al final mira lo que dicen por ahí, que tenía cada fregado de la hostia. A quien sí tenía aprecio era a su compañero, el agente Anel, encantador, vino a casa en una de las broncas con mi Pilarín, en vez de liarse a dar órdenes como otros se comportó con toda tranquilidad y corrección, era un bálsamo, acabó preparando café en nuestra cafetera y lo tomamos los tres sentados en el sofá. Desde entonces siempre nos saludábamos, se le veía pendiente.

- No lo traté mucho. Le gustaban los gusanos de seda.

- Sí, una vez me enseñó unos que llevaba en el coche patrulla, en una caja de cartón. Su compañero lo miraba como a un loco. También ha muerto Cosme, qué necesidad tenía él de meterse en estos embolados, él, con la vida más que resuelta en la pollería. Sí, es cierto que era muy bueno escribiendo, que merecía estar allí arriba, con los famosos, que muchos de ellos no le llegaban ni a la suela del zapato, yo le tenía ley, nos veíamos todos los días en el mercado y siempre estaba alegre, no guardaba nada bajo

la alfombra, frustraciones o cosas así; quizás sea que todos necesitamos un punto de aventura para sentirnos vivos. ¿Sabía que tenía un rollo con la Castañuela?

- Me enteré después.

- A mí me lo contó la propia Mari. Joder, lo suyo sí que me dolió, me quedé hecho polvo. Fue una chica con muy mala suerte. Yo la conocí en su mejor momento, cuando era la novia del Liansanpó, la más guapa y la más dura de toda la ciudad, una auténtica princesa, valía más que todos nosotros juntos. Conmigo se portó siempre muy bien, cuando estaba allí arriba y después, en la cuesta abajo y yo le tenía respeto por eso, coño, de lo que había sido y acabar como otra de las putas tiradas del barrio, joder, y saber estar a las duras y a las maduras, o así lo veo yo, jefe, que usted igual no se lo cree, pero más de una vez y más de dos la pagué por polvos que no echamos, subíamos al moblé o me la llevaba en la furgó por ahí, nos liábamos a hablar de los viejos tiempos y luego la decía que se había hecho tarde o que ya no tenía ganas... Ella siempre insistía. Joder, que vida más cabrona. Perdóneme, jefe, se me ha metido algo en los ojos.

- Castañuela se equivocó demasiadas veces. También creo que al final se dio cuenta y quiso largarse a lo grande, con una tormenta de fuegos artificiales. Y eso también fue una equivocación. O no. No lo sé. Murió gente inocente.

- ¿Inocente? Sí, supongo que alguno habría.

- ¿Le importa si cojo otro cigarro, jefe?

- Coge – el Indio empujó el paquete por encima de la mesa.

- ¿Usted no quiere?

- No. Estoy... Ahora no me apetece.

- Dijo antes que estuve p'alante. Sí. Como casi todos por aquí, ésta no es tierra de zanahorios. Y muchos tienen trabajo alguna vez, y si no se

buscan la vida en lo que salga, la chatarra, los cartones, y cuando no se entra en un piso de los barrios guapos o le haces de tapia al piquero, que algo te dará al final. ¿Qué le cuento que usted no sepa? Dicen que nació aquí al lado... en todo caso aquí vive, entre nosotros. Algunos les va hasta casi bien sólo con los trampeos, no tienen que tirarse de la cama cada día a la misma hora llueve o truene, toman su vermú de aperitivo en el velador y por las noches se levantan pericas maduras en la boite. De cuando en vez ustedes los encaloman con un marrón más complicado de lo habitual y se les pierde de vista un par de meses, hasta un año puede ser. A mí, mi Pilarín me quitó de todo eso. Me tomo cañas con ellos, jugamos al billar y nos reímos de los mismos chistes, pero yo estoy en otra liga, yo lo sé y ellos también. ¿Los envidio? Pues en ocasiones sí, cuando tienes los riñones doblados y suena el despertador, no lo voy a negar; pero yo ya he corrido mucho, sé que ninguna vida va siempre por un camino de margaritas y hasta a los más chulos se les corta la leche alguna vez. Mi Pilarín tiene un nervio de la hostia, yo puedo ser muy picahuevos, es lógico que a veces los cables se crucen y salten chispas, es hasta terapéutico.

- Sobre todo cuando acabas en la Casa de Socorro.

- Nos queremos con locura, jefe. Puede creerme.

- Pero...

- No hay peros ahora. Fue lo de Cosme, fue lo de Castañuela, fue lo de la puta cinta de Ana Belén en el autoreverse, que es que no podía pararla, coño, y llegaba *“El hombre del piano”* y era mi Pilarín a la que llevaba a mi lado, la que me cantaba en la oreja lo de *“se agarra a su tabla de naufrago volviendo a su eterna canción”* y seguía con lo de *“se le encienden los ojos y su niñez viene a tocar junto a él”* y yo nunca he sido más que un pringao, pero me acordaba del padre Ramiro y del arco de la Virgen que era como un retablo y nos quedó de puta madre, que lo hicimos él y yo, mano a mano, aunque la placa ponga *“Trabajo de Fin de Curso de la XXIII Promoción de Ebanistería”*, era nuestra gran obra; y me acordaba de la tarde del

hipódromo y de los caballos y de los jockeys, canijos como yo que llegaron a estrellas. “*El más joven maestro al piano*” y veía a Cosme, que tenía que haber sido más grande que Antonio Gala y escondía versos en las bolsas de sus clientas, coño. “*Ella siempre temió echar raíces que pudieran sus alas cortar*” y volvía a ver a Mari Castañuela en su plenitud, sentada en un taburete de los billares con un cigarrillo y un cubata y sus amigas alrededor, mientras esperaban a que el Liansanpó diese un palo por ahí y volviese con dinero fresco y unos porros o unas pastis de la risa; y luego la veía hace una semana, a ella no, a una camilla cubierta por una sabana empapada en sangre y un brazo arrastrando del que nadie se dio cuenta... todavía llevaba un anillo de hojalata que le gustó en un puesto del mercadillo y se lo compré, las últimas navidades...

Luquitas quedó en silencio. El Indio esperó.

- Y así un día y otro. Me he requemado con esto, jefe. Pilarín me preguntaba, yo no sabía qué contestar. ¿Que ella me había arruinado la vida? Yo sé que no ¿Que me estaba amargando por una canción? Joder, hasta a mí me parecía ridículo. Pero tampoco era capaz de quitarme la rabia de encima.

- Así hasta que hoy ha estallado todo.

- Por fin. Cuéntame.

- He llegado a cenar con el cabreo subido, Pilarín parece que también ha tenido un mal día, nos hemos dicho dos palabras, yo no me he achantado, ella ha querido levantarme la mano, me he ido para la habitación, donde guardamos la pipa de por si acaso, nunca lo había hecho antes, Pilarín se lo ha olido, se ha puesto frenética, se ha largado para la cocina, yo creía que para llamar aquí, pero lo que ha hecho es coger la maza de la carne, nos hemos encontrado en el pasillo, según nos hemos visto me ha atizado con la maza en toda la frente que yo creí que me caía ahí mismo,

yo, lo reconozco, he intentado apuntar y pegarla un tiro, pero es rápida, me ha lanzado una patada a los huevos que he esquivado por poco, si me pilla me capa, me ha dado otra vez con la maza, ahora en el brazo, todo se ha vuelto muy confuso, yo creo que por la sangre que se me ha metido en los ojos, me siento mareado, salgo corriendo por las escaleras, la Pilarín con la maza detrás, los vecinos por los rellanos, llego a la furgoneta como puedo y salgo de allí a goma quemada.

- Coincide con lo que ha contado ella. ¿Y entonces?

- Me he puesto a conducir sin rumbo fijo, con la rabia agarrada a la garganta y ganas, muchas ganas de montar una buena. La cabeza me está doliendo mucho, también el brazo, pienso en dónde ir y me salen miles de sitios, también aquí, a la comisaría, cualquiera puede valer y entonces, no se ría, jefe, la cinta ha dado la vuelta y ha empezado "*Esta es la historia de un sábado de no importa que mes*" y no puedo, no quiero controlarme, le suelto cuatro tiros al radiocassette. Como es normal, las balas han atravesado el salpicadero, se han incrustado en el motor y empieza a salir humo por todos lados, yo me acojono, intento hacer algo, lo que sea y acabo por empotrarme contra un semáforo.

- Una incógnita resuelta. Y ya has montado una buena, ¿no?

- No como quería, pero sí. La gente se arremolina alrededor de la furgoneta, estoy muy cardíaco, me digo "*pues lío el pollo aquí mismo*", me bajo con la pipa por delante, así, en plan héroe de película americana, la peña amplía el círculo en un momento y entonces lo veo, jefe, justo en la esquina de enfrente, el luminoso del Flamingo's – Gran Palacio del Billar y he sabido que ahí tendrá que ser, me he acordado de todo lo que Castañuela me contaba del Manco, de la pasta que le sacó por protección y de lo que la cobró en especies cuando no llegaba la pasta, sé cómo voy a recobrar esas deudas en el nombre de Mari y me ha dado un subidón como cuando se te queda una pelotilla de speed en la tocha y luego inspiras fuerte y te entra todo de golpe, joder, mira que hace años que no me pongo y recuerdo la

sensación como si fuera ayer, saco la cartera, mi cartera, donde guardo los albaranes de los cruasans, grito “¡Policía Secreta!”, me hacen pasillo, cruzo la glorieta, los coches clavan frenos a mi paso, la cartera en una mano, la pipa en alto, a lo grande, me meto en el portal y bajo por las escaleras... cuando me ha llegado como un sofoco, se me nubla la vista y pienso que me voy a caer. Tengo delante como un agujero negro, jefe. Creo que, al final, he perdido el sentido.

- No, Luquitas. Te puedo asegurar que no lo has perdido. Pero lo que ha pasado en los billares sólo puedes contarlo tú. Intenta avanzar despacio. Yo te ayudaré en lo que pueda. Vamos a hacerlo juntos.

- Lo voy a intentar, jefe.

- Bien. Te recuperas del sofoco, terminas de bajar las escaleras, llegas a la sala. ¿Qué ves?

- Poco, jefe. Está todo a oscuras, menos las luces de emergencia y el despacho del fondo, que se ve iluminado. También se oye música allí, algo como una ranchera.

- A esas horas debía haber gente. ¿No te resulta raro?

- ¡Claro que sí! Usted lo ha dicho, lo normal a estas horas es que hubiese un par de partidas en marcha, alguna lumi, algún mirón, Toni Comadreja atento a las bebidas... Pienso que me he desmayado y estoy alucinando.

- Pero avanzas por la sala.

- Sí. Voy pegado a la pared de la izquierda, con las mesas a mi derecha y al otro lado los taburetes y los bancos. Allí está más oscuro, las luces de emergencia quedan más apartadas. Paso la primera mesa. La segunda. Me fijo en que hay vasos sin terminar en sus marcos. También las colillas de los ceniceros se notan recientes. No tanto como para humear, pero recientes. La peste es distinta.

- Aparte de la música ¿oyes algo?

- No, la música está bastante alta, son rancheras de las de acordeón

chirriante y letras sobre traiciones y tiroteos. Estoy llegando a la mitad de la sala. Hacia mi izquierda se va a abrir el pasillo de los váteres, que está todavía más oscuro. Ahí. En la mesa justo enfrente del pasillo. Hay algo.

- ¿Qué es?

- No lo veo bien. Un bulto. Una chaqueta, un abrigo. Es grande.

- ¿Un cuerpo?

- No, no. No es tan grande. Llego a la boca del pasillo. Me pego a la esquina. Compruebo el seguro de la pistola. Estoy acojonado, jefe. Como un niño.

- Pero tú ¿sabes disparar bien?

- Un par de veces al año nos vamos los colegas a la sierra y le pegamos tiros a unos botes. Soy de los mejores.

- Seguro que sí. ¿cruzas el pasillo?

- De un salto. Me quedo en la otra esquina. Intento controlar la respiración. Voy a seguir. Y suena la cisterna de uno de los váteres al descargar, suena el pestillo, se abre la puerta, oigo salir a alguien, murmura por lo bajo, palmetazos en la pared, se enciende la luz, creo que primero dentro del váter, luego en el pasillo, son cuatro pasos, es un bigardo, va a llegar a la mesa, entonces nos vemos los dos a la vez, él ve mi pistola, parece que nos miramos a los ojos durante diez minutos, él desvía la vista hacia la mesa de billar, yo también, veo que el bulto es una chamarra con cuello de borreguillo, de piloto, sí, pero lo que asoma debajo parece un fusil de asalto y disparo.

- Y le das en toda la boca. Un buen tiro.

- Le juro que si apuntaba a algo era al pecho, jefe. Es lo que decían en la mili.

- ¿No tratas de escapar, después de esto?

- No... ¿es raro, verdad? - parece muy sorprendido - Ni se me pasó por la cabeza. Vi caer al bigardo muy despacio, a cámara lenta. Al llegar al suelo soltó un ruido así como de desinflarse, tuvo que ser fuerte porque se oyó por

encima del corrido. Yo me quedé quieto lo que creí un buen rato, luego me acerqué y comprobé que no llevaba más armas, al menos a la vista. Estaba muerto.

- Con un disparo así no llegó vivo al suelo. Vamos muy bien, Luquitas. Vas a seguir contándolo como hasta ahora, como si lo estuvieses viendo. Te separas del cadáver. No huyes. ¿Qué haces?

- Sé que tengo que ir hasta el final. A la oficina. Aparto la chamarra del piloto y cojo el fusil, se parece a un cetme, pero más corto y sin culata. La mecánica es parecida y el cargador está lleno.

- Es un AK ruso. Vas para la oficina, entonces.

- Ya he llegado. La oficina son, en realidad, dos cuartos. El primero, el que comunica con la sala, es pequeño, apenas lo justo para un taburete, un armario bajo y una mesa con cajas monederas para dar cambios a través de la ventana. Luego hay una puerta metálica en la que nunca me había fijado. Está entornada. De ahí viene la luz y la música. Me acerco muy despacio. Veo una pilas de cajas de bebida, una mesa de trabajo, larga. Sobre ella, el radiocassette más grande que he visto en mi vida, seis altavoces, doble pletina, lucecitas por todos lados. A su lado un caliqueño se consume en un cenicero. Éste sí humea. Hay una botella de bourbon y varios vasos sucios.

- ¿Y no ves a nadie?

- Todavía no. Guardo mi pipa en la cinturilla del pantalón y cruzo agachado el primer cuarto con el AK por delante. Veo algo más del almacén, más cajas, un ventanuco en alto. De repente, un tipo entra en mi campo de visión: está bailando, sí, de espaldas a mí, viene dando pasitos marcha atrás. Es bastante grande también, va en mangas de camisa y tirantes, pantalón de traje, zapatos lustrados. Cuando sigo su movimiento veo que lleva una navaja en la mano.

- Una navaja de barbero.

- Eso es. Me acercó hasta la jamba de la puerta y entonces ya veo toda la escena. Junto a la pared del fondo hay un hombre en una silla, atado y

amordazado con cinta americana. Tiene la camisa llena de sangre y se ve que le han dado de hostias a base de bien, mantiene la cabeza gacha y, aunque con dificultad, respira. Unos dos pasos a su derecha hay otro tipo tirado en el suelo al lado de una silla volcada. En la pared, a la altura donde debió estar su cabeza, hay un gran manchurrón de sangre.

- Toni Comadreja. A él ni siquiera llegaron a atarle.

- El otro, el vivo, levanta la cabeza y, a través de los ojos medio cerrados por la hinchazón, mira hacia donde yo estoy. Ahora lo reconozco: es el Manco, lo que queda de él. Tiene la cara llena de pequeños cortes, de navaja, claro, y la sangre no para de manar. Y cuando me ve es la mirada del Manco y yo lo intento tranquilizar, porque creo que el otro se va a dar cuenta y me va a descubrir. Pero no hace falta. El bailarín se le acerca al ritmo de la ranchera y, casi sin mirar, le lanza un sirlazo que le hace gritar detrás de la mordaza. Y entonces, sin perder el ritmo, el bailarín gira con gracia sobre si mismo, me ve agachado junto a la puerta y prolonga su giro para convertirlo en un salto hacia la mesa donde tiene su arma. Yo disparo sin pensármelo, pero el fusco tiene el gatillo flojo y más retroceso del que esperaba, con lo que pierdo la ráfaga pared arriba hasta el techo.

- No son fáciles de controlar. Y sin culatín, peor.

- El bailarín alcanza su cacharra y dispara hacia donde yo estaba, pero me ha dado tiempo a tirarme al otro lado y estoy disparando también, aunque sin apuntar, casi sin mirar. Y hay un instante, sólo un instante en mitad de las ráfagas, en el que oigo cómo su percutor golpea en vacío y sé que, una de dos, o se ha quedado sin munición o se ha encasquillado. Giro sobre mi espalda hasta el centro de la puerta y barro todo el interior a balazos, esta vez asegurando bien la puntería.

- Esta vez, sí: cuatro impactos en todo el pecho.

- Pero cuando me acerco todavía está vivo. Me agacho para coger su fusco, me mira con ojos de agonizante y dice algo así como “*Me mataste, güey*”. Y ahora me doy cuenta de que es mejicano, guapete y bastante joven,

con cara de galán fatal de fotonovela, de los que acaban redimidos por el amor de una mujer y vivieron felices y comieron perdices.

- Luego te leo los informes que nos están llegando sobre ellos. Le iban a hacer falta muchos capítulos para redimirse. Y a su cuate, ni te cuento.

- Dejo las armas sobre la mesa y aprovecho para meterme un lingotazo de bourbon sobre la marcha. El Manco está moviéndose en la silla como un alienado, me voy para él y le quito la cinta americana de la boca. “*Gracias, gracias, desátame, por favor*” y me suelta encima una pota enorme, asquerosa. Contengo a duras penas mis propias bascas, tanteo la cinta adhesiva y veo que está bien apretada, me acuerdo de la navaja del güey, voy a buscarla, veo de paso que él todavía agoniza, en silencio, sin molestar a nadie, oigo a mi espalda la voz del Manco “*Date prisa, chiquitín, que es para hoy*”, me vuelve la náusea al fondo del paladar, cojo el fusco de encima de la mesa, no sé cual de los dos, me giro y aprieto el gatillo con todas mis fuerzas. El fusco era el mío. El que no estaba encasquillado.

El Indio apretó bajo la mesa el botón que detenía la grabadora de bobinas. Se levantó, cogió un cigarrillo del paquete, lo encendió, le dio cuatro caladas y lo apagó con saña contra el cenicero. Cogió otro cigarro y se lo pasó a Luquitas. Él fumó con más tranquilidad.

- Y entonces llamaste al cero noventa y uno.

- No, todavía no. Primero me bebí la botella de bourbon. Lo que quedaba.

- ¿Por qué lo hiciste, Luquitas?

- Coño, necesitaba un trago. Acababa de matar a tres hombres.

- No me vuelvas con historias. ¿Por qué disparaste al Manco?

- No lo sé, jefe – miró con detenimiento las espirales del humo – Me sentí como en mitad de un polvo, lleno de poder, con ese ansia que no te quitas de encima hasta que no te corres y quedas más manso que la ovejita

de norit. Digamos que después de matar a los mejicanos aún no me había corrido.

El policía clavó sus manos en el respaldo de la silla del interrogado. Habló a escasos centímetros de su oreja, en tono bajo y sibilante.

- Luquitas, te lo voy a decir una sola vez: quiero ayudarte. Con la que has montado hoy es posible que te hayas jodido la vida para los restos. Y tu vida podría haber sido mejor o peor, yo creo que no andas mal del todo; como has dicho, no hay paseos de margaritas que no escondan algún cardo. Tú te has caído en medio de un zarzal y yo soy el único que anda cerca, así que te pregunto otra vez: ¿por qué mataste al Manco?

El Indio garabateó sin ganas en sus papeles. El silencio parecía que no terminar.

- Lo maté por Castañuela – dijo, muy quedo – Por la Mari Castañuela de hace veinte años y el chalé con piscina que nunca tuvo. Lo maté por Cosme y los libros que nunca firmó en El Corte Inglés. Lo maté por el padre Ramiro y los cabrones de sus hermanos que le robaron su vida. Lo maté por el niño aquel de La Paloma que pudo ser el sucesor de Carudel en los hipódromos. Lo maté por todos los que en este barrio y en barrios como éste se dejan la vida en sobrevivir, pocas veces en vivir – subió el tono – Lo maté porque el Manco era un puto parásito que vivía de nuestras debilidades y siempre hizo lo posible por mantenernos débiles para tenernos dominados. Lo maté y ojalá yo o algún otro lo hubiese matado antes.

El Indio volvió a sentarse frente a él. En silencio.

- ¿Quién es Abogangster?

- Abo... ¿qué? Nunca he oído ese nombre.

- ¿Nunca antes habías visto a los mejicanos?

- Nunca. Me acordaría de ellos.

- Háblame de Toribio Carambola.

- ¿De Toribio... el de los cupones? Leñe, ya se lo he dicho antes. Sólo lo

conocía del barrio y no me gustaba. Ahora dicen que si controlaba las timbas, que si movía farlopa a lo grande... cosas que se dicen y no sabe uno si son verdad. Antes de lo del banco nunca había oído nada.

El Indio cogió otro cigarrillo del paquete. Esta vez no lo encendió, volvió a la ventana. La luz del sol empezaba a intuirse en los tejados.

- Te diré lo que vamos a hacer, Luquitas – dijo, sin girarse – Voy a enchufar la grabadora. Me vas a contar que cuando acabas de matar al mejicano te acercas al Manco y ves que una de las ráfagas lo ha alcanzado a él, que no sabes decir cuál. Le quitas el esparadrapo de la boca y te vomita encima. Y expira. Muerto. Kaput. ¿Entiendes?

- Jefe...

El Indio se sentó otra vez. Dejó el cigarro sobre la mesa.

- Luego llamaré para que te bajen a calabozos, yo redactaré el informe y me iré a casa de una puta vez. No voy a poder quitar toda la mierda, eso ni lo sueñes. Ni siquiera sé seguro si voy a colar esto.

- ¿Qué quiere a cambio? ¿Qué saca usted?.

- ¿Sacar? ¿Qué tienes tú para ofrecer?

- Nada

- Pues nada saco. Te voy a contar una cosa. La canción ésta, la del piano...

- ¿Sí?

- No es de Ana Belén. La escribió un americano que se llamaba Billy Joel.

- Sí, lo sé.

- En la versión original la letra es muy distinta, ¿sabes?. Cuenta la historia de un músico al que las cosas no le acaban de ir del todo bien y el único curro que ha encontrado es tocar el piano en un bar, un garito en el que todos, clientes y currantes, son una panda de perdedores, todos con su historia sobre lo que pudo ser y nunca será. Quizás el pianista es el único que mantiene la fe en salir de allí algún día. Seguro que, en el fondo,

muchos de ellos se detestan entre sí; pero también saben que fuera del bar, sin la compañía de los otros, estarían todavía peor.

- Ya.

- Digamos que yo trabajo en el bar. Cuido de que los parroquianos no se caigan y, si lo hacen, por lo menos que el suelo esté limpio. Pero también estoy en el bar. ¿Me sigues?

- Creo que sí. Pero usted... ¿no es el pianista? ¿O uno que mira desde la ventana?

- No, te aseguro que estoy dentro. Y sé que nunca dejaré el bar, como mucho me cambiaré a otro parecido. ¡Venga! - dio una palmada en la mesa - Enchufo y tú cuentas lo que te he dicho. Y, por cierto: quédate con el paquete de tabaco. Yo he dejado de fumar.

Fin

